

que tuviese por objeto la mayor gloria de Dios. En suma, jamás se entibió su afecto, ni paró un solo momento de correr hacia Dios, nunca perdió nada por su descuido, de manera que siempre correspondió a la gracia con todas sus fuerzas, y amó a Dios tanto como pudo amarle. Señor, le dice ahora en el cielo, si no os he amado tanto como Vos merecéis, a lo menos os he amado cuanto he podido.

En los Santos, como dice San Pablo, las gracias han sido varias. Por lo cual cada uno de ellos, correspondiendo después a la gracia recibida, ha sobresalido en alguna virtud, uno en salvar almas, otro en hacer vida penitente, éste en sufrir los tormentos, aquél en la vida contemplativa, lo que justifica las palabras que usa la Iglesia cuando celebra sus fiestas: Que no se halló semejante a El. Y su gloria en el cielo es diferente según sus méritos. Los Apóstoles se distinguen de los Mártires, los Confesores de las Vírgenes, los Inocentes de los Penitentes. Habiendo estado la santísima Virgen llena de todas las gracias, aventajó a cada uno de los Santos en toda clase de virtud. Ella fue Apóstol de los Apóstoles, y la Reina de los Mártires, porque padeció más que todos ellos; fue la portaestandarte de las Vírgenes y el dechado de las esposas. A la inocencia más perfecta supo unir la más austera mortificación; en una palabra, hizo de su corazón el santuario de todas las heroicas virtudes que jamás supo algún santo practicar. De María escribe el salmista estas palabras: *A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro y engalanada con variados adornos* (Ps. 44, 10) ; y esto lo dice, precisamente, porque todas las gracias y prerrogativas y méritos de los demás santos se hallan reuni-

dos en María, como dice el abad de Celles: “¡Oh afortunada Virgen María!, todos los privilegios de los demás habéis logrado atesorarlos en vuestro corazón.”

Por manera que, como dice San Basilio, la gloria de María supera a la de los demás bienaventurados, bien así como el resplandor del sol vence en claridad a la claridad de todas las demás estrellas. Y San Pedro Damiano añade: “Que así como la luz del sol eclipsa el resplandor de la luna y de las estrellas, y las deja como si no existieran, así también delante de la gloria de María queda velado el esplendor y la gloria de los hombres y de los Angeles, como si no estuviesen en el Cielo.” San Bernardino de Sena afirma con San Bernardo “que los bienaventurados participan de la gloria de Dios como con tasa y con medida, al paso que la Virgen María está tan abismada en el seno de la divinidad que parece imposible que una pura criatura pueda estar más unida con Dios que lo está María Santísima”. Añádase a esto lo que dice San Alberto Magno: “Colocada María más cerca de la divinidad que todos los espíritus bienaventurados, contempla a Dios y goza de Dios incomparablemente más que todos ellos.” Y va más adelante San Bernardino de Sena, ya citado, y dice que “así como el sol ilumina a los demás planetas, así también toda la corte celestial recibe gozo y alegría muy cumplidos con la presencia de María”. Y San Bernardo asegura también que “al entrar en el Cielo la gloriosa Virgen María se aumentó el gozo de todos sus dichosos moradores”²³. Por eso

²³ Ps. XLIV, 10.

San Pedro Damiano llega hasta decir que después de la felicidad que causa al alma el ver a Dios cara a cara, el cabal complemento de la gloria está en contemplar a esta bellísima Reina. “Veros a Vos —dice el Santo dirigiéndose a María— es, después de la visión de Dios, el colmo de la felicidad”²⁴. Y San Buenaventura pone en boca de los bienaventurados estas palabras: “Después de Dios, nuestro mayor gozo y nuestra mayor gloria tienen su fuente en María.”

Alegrémonos por ser la exaltada nuestra Madre. Pongamos en ella toda nuestra esperanza. Alegrémonos y regocijémonos con nuestra Madre, al verla en el Paraíso sublimada por Dios a tan excelso trono. Alegrémonos también, porque si hemos perdido la presencia corporal de nuestra augusta Señora por haber subido al cielo, esto no obstante, su afecto maternal no nos desampara; pues estando más cerca de Dios, conoce mejor nuestras miserias y se compadece de ellas y las socorre con más facilidad y prontitud. “¡Por ventura será posible —exclama San Pedro Damiano— que Vos, oh bienaventurada Virgen María, después de haber sido glorificada en el Cielo, os hayáis olvidado de nosotros, pobres pecadores! No; librenos Dios de pensar tal cosa, que no es propio de un corazón tan misericordioso como el vuestro olvidarse de miserias tan grandes como las nuestras.” “Si grande fue la misericordia de María —dice San Buenaventura— mientras peregrinó por este nuestro destierro, mucho mayor es ahora, que reina en los Cielos.”

²⁴ Or. de Ann.

Entremos, por tanto, al servicio de esta Reina, honrémosla y amémosla con todas nuestras fuerzas. “Porque esta nuestra augusta Soberana — dice Ricardo de San Lorenzo — no es como los otros reyes, que agobian a sus vasallos con alcabalas y tributos, antes por el contrario, distribuye con larga mano entre sus servidores dones de gracias, tesoros de méritos, riquezas celestiales y otras magníficas recompensas.” Acabemos diciéndole con el abad Guerrico: “¡Oh Madre de misericordia! Ya que estáis tan cerca de Dios, sentada como Reina del mundo en trono de majestad, saciaos y embriagaos de la gloria de vuestro Hijo, pero repartid las sobras entre vuestros siervos. Sentada a la mesa del Señor, gustáis de los más exquisitos manjares; nosotros, como hambrientos cachorrillos, estamos aquí en la tierra, como debajo de la mesa; compadeceos de nosotros.”

María se aparece a un devoto suyo.

Refiere el padre Silvano Razzi que, habiendo oído un piadoso clérigo, muy devoto de la Virgen María, alabar su incomparable hermosura, entró en deseos de ver a lo menos una vez a su augusta Señora, y con humildes plegarias le pedía este insigne favor. La bondadosísima Madre le mandó decir, por medio de un ángel, que pronta estaba a complacerle, pero con la condición de que después de verla quedaría ciego. Luego que aceptó la condición, la Virgen no se hizo rogar, y se le apareció. El devoto clérigo, para no quedar totalmente ciego, al principio la miró con un solo ojo. Mas, fascinado por tanta hermosura, para contemplarla mejor, se apresuró a abrir el otro ojo; mas de repente la Madre de Dios desapareció. Perdido que hubo la presencia de su amada Reina, no se cansaba de lamentarse y llorar, no por haber quedado ciego de un ojo, sino por no haber perdido entrambos mirando tan arrebatadora belleza.

Después entonces volvió a suplicar a María que se le apareciese otra vez, aunque tuviera que perder el otro ojo y quedar ciego. “Por muy feliz y dichoso me tendré —decía— si llego a perder del todo la vista por tan buena causa, porque así quedaré más prendado de Vos y de vuestra belleza.” Quiso María proporcionarle este consuelo, y de nuevo se le apareció. Mas como esta amorosa Reina no sabe hacer mal a nadie, al aparecerse por segunda vez no sólo no le cegó del otro ojo, sino que devolvió la vista al ojo que la había perdido.

ORACIÓN

(en que el alma pide a María toda suerte de gracias)

¡Oh grande, oh excelsa y gloriosísima Señora!, postrados a los pies de vuestro trono os adoramos desde este valle de lágrimas y nos complacemos de la gloria inmensa con que el Señor os ha enriquecido. Ahora que gozáis de la dignidad de Reina del Cielo y de la tierra, no os olvidéis de nosotros, pobres siervos vuestros. Desde ese excelso solio en que os sentáis como Reina, no os desdeñéis de inclinar los ojos de vuestra misericordia hacia nosotros, miserables pecadores. Y puesto que os halláis tan próxima a la fuente de la gracia, con mucha facilidad nos la podéis proporcionar; ya que en el Cielo conocéis mejor nuestras necesidades, mas debéis compadeceros de ellas y otorgarnos vuestro favor. Haced que en la tierra seamos fieles siervos vuestros, a fin de que podamos ir un día a alabaros en el Cielo. En este día, en que habéis sido coronada por Reina del universo, nos consagramos a vuestro servicio. Comunicad parte de las inefables alegrías que hoy gozáis a los que habéis aceptado por vasallos vuestros.

Vos sois, pues, nuestra Madre. ¡Ah Madre dulcísima y amabilísima! Veo vuestros altares cercados de gentes que os piden, unos verse libres de sus dolencias, otros ser remediados en sus necesidades; éstos, buena cosecha; aquéllos, feliz éxito en un pleito. Nosotros os pedimos gracias más conformes con los deseos de vuestro corazón: concedednos la humildad, despren-

dednos de las cosas de la tierra, haced que vivamos resignados a la voluntad de Dios; alcanzadnos el santo amor de Dios, una buena muerte y el Paraíso. Trocadnos, Señora, de pecadores en santos; obrad este milagro, que os dará más honra y gloria que si devolviéseis la vista a mil ciegos y resucitaseis a mil muertos. Sois poderosísima para con Dios; baste decir que sois su Madre, la más amada de su corazón, la llena de su gracia. Por tanto, ¿qué os podrá rehusar? ¡Oh hermosísima Reina!, no pretendemos veros en la tierra, mas esperamos ir a gozar de vuestra presencia en el Cielo; Vos nos habéis de alcanzar esta dicha. Así lo esperamos. Amén, así sea.

DISCURSO IX

DE LOS DOLORES DE MARÍA

María fue Reina de los mártires porque su martirio fue más cruel y más prolongado que el de todos ellos.

¿Habrá en el mundo un hombre tan duro de corazón que no se conmueva y se ablande al oír el lamentable suceso de que la tierra fue un día teatro? Era una Madre noble por su nacimiento, santa entre todas por su pureza de vida, que tenía un solo Hijo, el más amable que se puede imaginar, el más inocente, virtuoso y agraciado, que amaba a su Madre con toda la ternura de su corazón, hasta el punto de que, lejos de haberle dado el más pequeño disgusto, siempre le

había manifestado sumo respeto, rendida obediencia y ciego amor; y esa Madre había puesto en este Hijo todo su amor. ¿Y qué sucedió después? Este Hijo por envidia de sus enemigos fue acusado falsamente, y aunque el juez conoció y confesó su inocencia, por no disgustarles le condenó a una muerte infame, como ellos la habían pedido. Esta pobre Madre tuvo que sufrir el dolor de verse arrebatada así injustamente a su Hijo en la flor de su juventud con un bárbaro suplicio, porque a fuerza de tormentos le hicieron morir desangrado ante sus ojos públicamente en un infame patíbulo. ¿Qué decís, almas devotas? ¿Este acontecimiento y esta infeliz Madre son dignos de compasión? Ya comprendéis de quién hablo. Este Hijo tan cruelmente entregado a la muerte fue nuestro amoroso Redentor Jesús, y esta Madre la bienaventurada Virgen María, que por nuestro amor consintió en verle inmolado a la divina justicia por la barbaridad de los hombres. El cruel dolor que María sufrió por nosotros, dolor que le costó más de mil muertes, merece nuestra compasión y gratitud. Y si no podemos corresponder de otro modo a tanto amor, detengámonos a lo menos algunos momentos a considerar hoy la amargura de esta pena, por la cual fue María Reina de los Mártires, pues su cruel martirio excedió al de todos los Mártires. En efecto; primeramente, porque fue más prolongado, y en segundo lugar, porque fue más doloroso.

PUNTO I

Así como Jesús se llama Rey de los dolores y de los martirios, porque durante su vida padeció más que





Beatam me dicent omnes generationes. Luc. 1

todos los otros Mártires; así también María se llama con razón Reina de los Mártires, título que mereció por haber sufrido el más doloroso martirio que pueda sufrirse después del de su Hijo. Por lo que con razón la llama Ricardo de San Lorenzo “Mártir de los Mártires”; pudiendo decirse de Ella lo que dijo Isaías: “Te coronará con una corona de tribulaciones”¹. Esto es, que la corona con que fue coronada María por Reina de los Mártires fue su misma pena, que excedió a la de todos los otros Mártires juntos. No puede dudarse que la Virgen haya sido verdaderamente mártir, según afirman el Cartujano, Pelbarto, Catarino y otros, porque es incontestable que para el martirio basta que se sufra un dolor capaz de quitar la vida, aunque no se siga realmente la muerte. San Juan Evangelista es venerado como mártir, aunque no murió en la tinaja de aceite hirviendo, de la que salió más sano que había entrado¹. Para tener la gloria del martirio basta — dice Santo Tomás —, que se obedezca ofreciéndose uno a sí mismo hasta la muerte”³. “María fue mártir — dice San Bernardo —, no por la espada del verdugo, sino por el acerbo dolor del corazón”⁴. Si su cuerpo no fue herido por mano del verdugo, sin embargo, su corazón bendito fue traspasado de dolor de la pasión de su Hijo, dolor que era suficiente para darle no una, sino mil muertes. Y con esto veremos que María no sólo fue verdaderamente mártir, sino que su martirio aventajó

¹ Cap. XXII, 18.

² Brev. Rom. 6. Maj.

³ 2, 2, q. 124. art. 3, ad. 3.

⁴ Ap. Baldi, t. 2, p. 146.

al de todos los otros Mártires, porque fue más prolongado, y por decirlo así, toda su vida fue una continuada agonía.

“Así como la pasión de Jesús —dice San Bernardo—, empezó desde su nacimiento⁵, así también María, en todo semejante al Hijo, padeció martirio durante toda su vida. El nombre de María entre otras significaciones, como afirma el beato Alberto Magno, tiene la de *mar amargo*; por lo que se le aplica el pasaje de Jeremías: “Grande es como el mar tu dolor”⁶. Y en efecto, así como el mar es amargo y salobre, así la vida de María estuvo llena de amargura, a vista de la pasión del Redentor que sin cesar tuvo presente. Es indudable, según dijo el Angel a santa Brígida, que iluminada la Virgen del Espíritu Santo más que los profetas, comprendió mejor que todos ellos las predicaciones del Mesías contenidas en las Sagradas Escrituras⁷. Por lo que, como afirmó el mismo Angel, comprendiendo María cuánto debía padecer el Verbo encarnado por la salvación de los hombres, empezó a sufrir su doloroso martirio, compadeciéndose ya desde entonces y antes de ser hecha la Madre de este Salvador inocente, que debía expiar con una muerte tan atroz los pecados que El no había cometido⁸.

Este dolor fue después inmenso cuando fue hecha Madre del Salvador; de manera que a la triste idea de todas las penas que debía sufrir su pobre Hijo, Ella

⁵ Serm. 2 de Pass.

⁶ Thr. II, 13.

⁷ Serm. Aug. 17.

⁸ Serm. Ang. c. 16

padeció un martirio cruel y que continuó durante toda su vida⁹. Y esto significó precisamente la visión que Santa Brígida tuvo en Roma en la iglesia de Santa María la Mayor, en donde se le apareció la bienaventurada Virgen con San Simeón y un Angel que llevaba una espada muy larga y toda ensangrentada, denotando con ella el acerbo y largo dolor que traspasó el corazón de María durante toda su vida¹⁰. Por lo que el citado Ruperto hace decir a María: “Almas redimidas, hijas mías queridas, no basta que me compadezcáis por lo que sufrí al ver morir a mi Hijo Jesús, porque la espada de dolor que San Simeón me vaticinó, me atravesó el corazón toda mi vida. Cuando amamantaba a mi Hijo, y le estrechaba entre mis brazos, ya contemplaba la amarga muerte que le aguardaba; considerad, pues, cuán cruel y continuo había de ser el dolor que yo sufriría”¹¹.

María, pues, pudo decir muy bien por boca de David: “Mi vida pasó toda en dolor y lágrimas”¹², “porque mi dolor, esto es, mi compasión por mi querido Hijo, no se apartaba nunca de mis ojos”¹³, “que sin cesar veían los tormentos y la muerte que algún día había de sufrir. La misma divina Madre reveló a Santa Brígida que después de la muerte y ascensión de Jesucristo la memoria de su pasión no se apartaba de su tierno corazón un solo instante”¹⁴. Por lo

⁹ In Cant. c. 4.

¹⁰ Rev. lib. 7, c. 2.

¹¹ Loc. cit.

¹² Ps. XXX, 11.

¹³ Idem XXXVII, 18.

¹⁴ Rev. l. 6, c. 65.

que escribió Taulero que María pasó toda su vida en un continuo dolor, pues su corazón no experimentaba más que tristeza y penas¹⁵.

De modo que el tiempo, que comúnmente mitiga el dolor a los afligidos, no alivió el de María, antes bien le aumentaba las penas, pues a medida que Jesús iba creciendo y se mostraba más hermoso y amable, se acercaba también y se mostraba el tiempo de su muerte, aumentándose más y más en el corazón de María el dolor de haberle de perder aquí en la tierra. “Como crece la rosa entre las espinas —dijo el Angel a Santa Brígida—, así la Madre de Dios adelantaba en años, en medio de las penas; y así como a medida que crece la rosa, las espinas crecen con ella, así María, esta rosa escogida del Señor, cuanto más crecía en edad, tanto más las espinas de sus dolores crecían para atormentarla”¹⁶. Después de haber considerado la duración de este dolor, pasemos al segundo punto para ver cuán acerbo fue.

PUNTO II

¡Ah!, María no sólo fue Reina de los Mártires porque su martirio fue el más prolongado de todos, sino también porque fue de todos el más doloroso. Mas ¿quién podrá medir su intensidad? Jeremías no sabe a qué comparar esta Madre de dolor, cuando considera el tormento que experimentó por la muerte

¹⁵ Vit. Christ. c. 18.

¹⁶ Serm. Aug. c. 6.

de su Hijo: “¿A quién te compararé —le dice— o a quién te asemejaré, oh hija de Jerusalén? Porque tu dolor es grande como el mar. ¿Quién te consolará?”¹⁷. Comentando el cardenal Hugo estas palabras exclama: “¡Oh Virgen bendita!, así como la amargura del mar aventaja a otra cualquiera amargura, así tu dolor excede a todos los demás dolores.” De ahí afirmó San Anselmo que si Dios, por un milagro especial, no hubiera conservado la vida a María, su dolor hubiera bastado para causarle a cada momento la muerte¹⁸. Y San Bernardino de Sena llegó a decir que el dolor de María fue tan grande que dividido entre todos los hombres hubiera bastado para hacerles morir a todos repentinamente¹⁹.

Mas examinemos por qué el martirio de María fue más doloroso que el de todos los Mártires. En primer lugar reflexiónese que los Mártires han padecido en los cuerpos por medio del fuego o del hierro: María padeció su martirio en el alma, como Simeón se lo había profetizado²⁰. Como si el santo viejo le hubiese dicho: “¡Oh Virgen sacrosanta!, los otros Mártires verán despedazados sus cuerpos con el hierro, pero Vos seréis traspasada y martirizada en el alma con la pasión de vuestro mismo Hijo.” Así como el alma es más noble que el cuerpo, así el dolor de María excedió al de todos los Mártires, como dijo Jesucristo a Santa Catalina de Sena. El dolor del alma es incomparable

¹⁷ Thr. II, 13.

¹⁸ De Exc. Virg. c. 3.

¹⁹ Tom. I. Serm. 61.

²⁰ Luc. II, 35.

con el del cuerpo; por lo que el santo abad Arnolfo Carnotense dijo que quien se hubiese hallado en el Calvario para asistir al grande sacrificio del Cordero inmaculado, cuando murió en la cruz, hubiera visto allí dos grandes altares, uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María, donde al mismo tiempo que su Hijo sacrificaba su cuerpo con la muerte, María sacrificaba el alma con la compasión²¹.

A mas de esto, dice San Antonino²² que los demás Mártires padecieron sacrificando la vida propia, pero la bienaventurada Virgen sufrió sacrificando la vida del Hijo, a la cual amaba mucho más que la suya propia; de manera que no sólo padeció en el espíritu todo lo que padeció el Hijo en el cuerpo, sino que además causó a su corazón más dolor la vista de los tormentos de Jesucristo que si Ella misma los hubiera sufrido. Que María padeciese en su corazón todas las penas que vio sufrir a su amado Jesús no puede dudarse; porque nadie ignora que las penas de los hijos lo son también para las madres cuando ven que ellos están sufriendo; por lo que considerando San Agustín el tormento que padecía la madre de los Macabeos en los suplicios que veía padecer a sus hijos, dice que padecía en todos ellos y que sufría con sus ojos lo que cada uno de ellos en su cuerpo²³. Así sucedió también en María: todos los tormentos, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz que lastimaron al cuerpo inocente de Jesús, penetraron al mismo tiempo

²¹ Tr. de Sep. ver Do. in Cru.

²² P. 1, tit. 15, c. 24.

²³ Serm. 109 de Divers. c. 6.

en el corazón de María para colmo de su martirio, según escribió San Amadeo²⁴. De manera que, como dice San Lorenzo Justiniano, el corazón de María fue como un espejo de los dolores del Hijo, en el que se veían las salivas, los golpes, las heridas y todo lo que sufría Jesús²⁵. Y San Buenaventura observa que aquellas llagas esparcidas por todo el cuerpo de Jesús se hallaban después reunidas en el corazón de María²⁶.

De modo que la Virgen por la compasión del Hijo fue en su tierno corazón azotada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la cruz. Por lo que contemplando el mismo Santo a María en el monte Calvario, cuando asistía al Hijo moribundo, le preguntaba: “Decidme, Señora, ¿dónde estábais entonces? ¿Os hallábais solamente cerca de la cruz? No, diré mejor que estabais en la misma cruz crucificada juntamente con vuestro Hijo”²⁷. Y comentando Ricardo de San Lorenzo las palabras que el Redentor dijo por Isaías: “Yo sólo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre alguno conmigo”²⁸, exclama: “Señor, tenéis razón de decir que en la obra de la humana redención sois solo para padecer, y no tenéis hombre alguno que se com-padezca bastantemente de Vos; pero tenéis una mujer que es vuestra Madre, la cual sufre en su corazón cuanto Vos padecéis en el cuerpo.”

Mas todo esto es decir muy poco de los dolores de María, porque Ella, como dije, viendo padecer a su

²⁴ Hom. 5.

²⁵ De Agon. Christ. c. 11.

²⁶ De planeta Virg. in Stim. Am.

²⁷ Loc. cit.

²⁸ Isai. LXIII, 3.

amado Jesús, sufrió más que si en su misma persona hubiese padecido todos los tormentos y la muerte de su Hijo. Dejó escrito Erasmo que los padres, generalmente hablando, sienten más las penas de sus hijos que las suyas propias²⁹; lo que no es siempre cierto; pero en María ciertamente sucedió así, pues amaba infinitamente más al Hijo y su vida que a sí misma y a mil vidas que hubiera tenido. Por lo que bien dice San Amadeo que la afligida Madre, a la triste vista de los tormentos de su amado Jesús, padeció mucho más que si Ella misma hubiese sufrido toda su pasión³⁰. La razón es manifiesta porque, como dice San Bernardo: “El alma está más donde ama que donde anima.” Y antes lo dijo ya el Salvador, asegurando que nuestro corazón está allí en donde se halla el bien que amamos³¹. Si María, pues, por el amor vivía más en el Hijo que en sí misma, debió experimentar un dolor mucho mayor en la muerte del mismo que si Ella hubiese sufrido la muerte más cruel del mundo.

Y aquí entra la otra reflexión que manifestará que el martirio de María fue incomparablemente más doloroso que el suplicio de todos los Mártires, porque Ella en la pasión de Jesús sufrió mucho, y sufrió sin alivio. Los Mártires padecían en los tormentos que les daban los tiranos, pero su amor a Jesús les hacía dulces y amables los dolores. Padecía un San Vicente en su martirio, le atormentaban en el potro, le despedazaban con garfios, le quemaban con planchas encendidas;

²⁹ Libell. de Machab.

³⁰ Hom. 14.

³¹ Luc. XII, 34.

¿pero qué?, decía San Agustín: Uno al parecer era el que padecía, y otro el que hablaba. Hablaba con tal firmeza al tirano y con tanto desprecio de los tormentos, que al parecer era un Vicente el que padecía y otro Vicente el que hablaba; tanto le confortaba su Dios con la dulzura de su amor en medio de aquellas penas. Un San Bonifacio tenía el cuerpo despedazado por los hierros, agudas cañas penetraban entre la carne y uñas de sus dedos, le vertían plomo derretido en la boca, y él al mismo tiempo no se saciaba de dar gracias a Dios. Padecían un San Marco y San Marceliano atados a un palo con los pies atravesados de los clavos, y diciéndoles el tirano: “Miserables, retractaos y libraos de estas penas”, ellos le contestaban: “¿De qué penas nos hablas? Nunca hemos disfrutado mayor placer que ahora que padecemos gustosos por amor de Jesucristo.” Padecía un San Lorenzo, pero mientras estaba asándose sobre las parrillas, según dice San León, era más poderosa la llama interior del amor divino para consolar su alma que el fuego exterior para atormentar su cuerpo³². Por lo que era tal la fuerza que le daba el amor que llegó a insultar al tirano diciéndole: “Tirano, si quieres comer mi carne, una parte de ella ya está cocida, da una vuelta a mi cuerpo y come. Mas ¿cómo entre tantos tormentos en aquella prolongada muerte podía el Santo estar alegre? “¡Ah! —responde San Agustín—, embriagado con el vino del divino amor, no sentí ni los tormentos ni la muerte”³³.

Según esto podemos decir que cuanto más los santos

³² In Nat. S. Laur.

³³ Tract. 27.

Mártires amaban a Jesús, tanto menos sentían los tormentos y la muerte; y la sola vista de las penas de un Dios crucificado era suficiente para consolarles. Mas ¿por ventura nuestra afligida Madre lograba también este consuelo en el amor hacia su Hijo y a la vista de sus penas? No, porque este mismo Hijo que padecía era toda la causa de su dolor, y el amor que le tenía era su único e inexorable verdugo; porque el martirio de María sólo consistió en ver y compadecerse de su inocente y amado Hijo que tanto sufría. De aquí es que cuanto más le amaba, tanto más acerbo y destituido de alivio fue su dolor. ¡Ah Reina del cielo!, a los otros Mártires el amor les ha mitigado la pena, les ha curado las heridas, pero a Vos ¿quién os endulzó vuestra grande aflicción y curó las profundas heridas de vuestro corazón, si aquel mismo Hijo que podría consolaros era por sus sufrimientos el único motivo de vuestras penas, y el amor que le teníais causaba todo vuestro martirio? Por esto, según observa Díez, así como los demás Mártires son representados cada cual con el instrumento de su suplicio, San Pablo con la espada, San Andrés con la cruz, San Lorenzo con las parrillas, se representa a María con su Hijo muerto en los brazos, porque Jesús fue el único instrumento de su martirio a causa del amor que Ella le tenía. Todo esto que acabo de decir lo confirma San Bernardo con estas pocas palabras: “En los otros Mártires la grandeza del amor mitigó el dolor de los padecimientos; pero la bienaventurada Virgen tanto más sintió el dolor, y más vehemente fue su martirio, cuanto más amó”³⁴. Es

³⁴ Ap. Croisset, vit. Mar., pár. 23.

cierto que cuanto más se ama una cosa, tanto más se siente la pena de perderla. La muerte de un hermano causa más aflicción que la muerte de un jumento, la de un hijo más que la de un amigo. Para comprender, pues, dice Cornelio Alápide cuán vehemente fue el dolor de María en la muerte de su Hijo, era preciso comprender cuánto era el amor que le tenía; pero ¿quién podrá medir este amor? El beato Amadeo dice que en el corazón de María se hallaban reunidos dos especies de amor, el sobrenatural, con el cual le amaba como a su Dios, y el natural, con el cual le amaba como a Hijo suyo³⁵. De modo que estos dos amores no formaron en Ella más que uno solo, pero inmenso, en términos que Guillermo de París pretende que la bienaventurada Virgen amó a Jesús hasta tal punto que una pura criatura no pudiera amarle más. Por esto Ricardo de San Lorenzo dice: “Así como no hubo amor como el suyo, así también no hubo dolor como su dolor”; “y si el amor de María hacia su Hijo fue inmenso — el beato Alberto Magno —, debió Ella experimentar también un dolor inmenso al perderle con la muerte”.

Figurémonos ahora que estando la divina Madre al pie de la cruz a vista de su moribundo Hijo, aplicándonos justamente las palabras de Jeremías, nos dice: “¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!”³⁶. “¡Oh vosotros que pasáis la vida en esta tierra sin compadeceros de mi dolor, deteneos un momento a contem-

³⁵ Hom. 5 de Laud. V.

³⁶ Jer. Thren. 1, 12.

plarme mientras veo expirar delante de mis ojos a este Hijo amado, y ved después si entre todos los afligidos y atormentados se halla dolor semejante a mi dolor! “No puede hallarse, oh Madre dolorosa —le responde San Buenaventura—, dolor más amargo que el que Vos sufristeis, porque no puede encontrarse Hijo más amado que el vuestro”³⁷. “¡Ah! —repite San Lorenzo Justiniano—, nunca ha habido en el mundo Hijo más amable que Jesús, ni Madre más amante de un Hijo que María. Si en el mundo, pues, no ha habido amor semejante al de la Virgen, ¿cómo puede hallarse dolor semejante a su dolor?”³⁸. San Ildelfonso no vaciló en afirmar que es poco el decir que los dolores de la Virgen excedieron a todos los tormentos de los Mártires juntos³⁹. Y San Anselmo añadió que los tormentos más crueles que sufrieron los santos Mártires fueron ligeros o realmente nada comparados con el martirio de María⁴⁰. Y San Basilio escribió igualmente que así como el sol aventaja en resplandor a todos los otros planetas, así los sufrimientos de María exceden a los de todos los demás Mártires. En fin, concluye un docto autor con este bello pensamiento: “Fue tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la pasión de Jesús que sólo Ella pudo compadecerse dignamente de la muerte de un Dios hecho hombre.”

“Oh Señora —dice San Buenaventura dirigiéndose a esta Virgen bendita—, ¿por qué quisisteis ir Vos tam-

³⁷ De compas. Virg., c. 2.

³⁸ Lib. 3 de Laud. Virg.

³⁹ Ap. Sinisch. di Mar. cons. 36.

⁴⁰ De Exc. Virg., c. 5.

bién a sacrificaros en el Calvario? ¿Acaso no bastaba para nuestra redención un Dios crucificado, sin que su Madre fuese crucificada con El”⁴¹. ¡Oh!, la muerte de Jesús bastaba ciertamente para salvar al mundo, y aun a infinitos mundos, pero esta buena Madre, llena de amor por nosotros, quiso con los méritos de sus dolores que ofreció por nosotros en el Calvario concurrir a la obra de nuestra salvación. Por esta razón dice el beato Alberto Magno que así como estamos obligados a Jesucristo por la pasión que sufrió por nuestro amor, así también estamos obligados a María por el martirio que en la muerte del Hijo quiso padecer voluntariamente por nuestra salvación⁴². Añade *voluntariamente* porque según el Angel reveló a Santa Brígida, esta buena y tierna Madre nuestra prefirió sufrir toda especie de tormentos antes que ver las almas sin redimir y sumidas en su antigua perdición⁴³. “El único consuelo de María, —dice Simeón de Casia—, en medio del gran dolor que le causaba la pasión de su Hijo, era el ver al mundo perdido redimido con su muerte, y reconciliados con Dios los hombres sus enemigos”⁴⁴.

Tan grande amor de María merece nuestro agradecimiento, y éste ha de consistir a lo menos en meditar sus dolores y compadecernos de ellos. Sin embargo, de esto se quejó Ella hablando con Santa Brígida de que muy pocos se compadecen de Ella y la mayor parte

⁴¹ Ap. Pac. Exc. 10 in Sal. Ang.

⁴² Sup. Miss., c. 20.

⁴³ Rev., l. 3, c. 30.

⁴⁴ De Gest. D. D., l. 2, c. 27.

viven olvidados; por lo que encargó encarecidamente a la Santa que tuviese presentes sus dolores⁴⁵. Para comprender cuánto agradece la Virgen que nos acordemos de sus dolores bastaría saber que en 1239 se apareció con un vestido negro en la mano a siete devotos suyos, que después fundaron la religión de los Servitas, y les ordenó que si querían complacerla meditasen con frecuencia sus dolores, y que por esto quería que en memoria de ellos llevasen en adelante aquel lúgubre vestido⁴⁶. El mismo Jesucristo reveló a la beata Verónica de Binasco que El se complace más viendo que se compadecen de su Madre que de sí mismo, pues le habló así: “Hija mía, las lágrimas que se derraman por mi pasión me son muy agradables; mas como amo a mi Madre María con un amor inmenso, prefiero que se mediten los dolores que Ella sufrió viéndome morir”⁴⁷. Por esto son muy grandes las gracias que Jesús tiene prometidas a los devotos de los dolores de María, como le fue revelado a Santa Isabel, según refiere Pelberto. En prueba de ello véase en el siguiente ejemplo cuán útil les sea esta devoción para alcanzar la salvación eterna.

EJEMPLO

Léese en las Revelaciones de Santa Brígida⁴⁸ que había un caballero de tan ilustre nacimiento, como de

⁴⁵ Rev., l. 2, c. 24.

⁴⁶ Gian. Cent. Serv., lib. 1, cap. 4.

⁴⁷ Bolland. 13 Jun.

⁴⁸ L. 6, c. 97.

villanas y depravadas costumbres, el cual se había entregado con pacto expreso por esclavo del demonio y le había servido por espacio de sesenta años, entregándose a todos los desórdenes imaginables, sin frecuentar jamás los sacramentos. Acercándose la hora de su muerte, quiso Jesucristo usar con él de misericordia, por lo que mandó a Santa Brígida que dijese a su confesor que fuese a visitarle y le exhortase a que se confesara. Hizolo así el confesor, pero él le contestó que no tenía necesidad de confesión, porque se había confesado a menudo. Visitóle otra vez, y aquel desdichado esclavo del infierno continuaba en su obstinación no queriendo confesarse. Jesús repitió a la Santa que el confesor volviese allá. Este lo hizo así, y en esta tercera vez le refirió la revelación hecha a la Santa, y que había vuelto tantas veces porque el Señor así lo había mandado, pues quería usar con él de misericordia. Al oír esto el infeliz enfermo se enterneció y empezó a llorar. “Mas ¿cómo —exclamó— podré ser perdonado después de haber servido al demonio por espacio de sesenta años, siendo su esclavo, y teniendo cargada mi alma de innumerables pecados?” “Hijo —respondió el padre animándole, no dudes, pues si te arrepintieres de ello te prometo de parte de Dios el perdón.” Empezando entonces a confiarse, dijo él al confesor: Padre mío, yo me creía ya condenado y desesperaba de la salvación; mas ahora siento un dolor de mis pecados que me anima a tener esperanza, por lo cual ya que Dios aún no me ha abandonado, quiero confesarme.” En efecto, en aquel día se confesó cuatro veces con un vivo dolor; al siguiente comulgó, y en el mismo día murió muy contrito y resignado. Después

de su muerte Jesucristo habló otra vez a Santa Brígida, y le dijo que aquel pecador se había salvado por la intercesión de su Madre la Virgen, y que se hallaba ya en el purgatorio, porque a pesar de la vida depravada que había llevado había conservado siempre tal devoción a sus dolores que no pensaba en ellos sin compadecer a María.

ORACIÓN

¡Oh Madre de los sufrimientos! Reina de los Mártires y de los dolores, Vos tanto llorasteis a vuestro Hijo muerto por mi salvación; mas ¿de qué me aprovecharán vuestras lágrimas si me condeno? Por los méritos, pues, de vuestros dolores, alcanzadme una verdadera contrición de mis pecados y una verdadera enmienda de mi vida, con una tierna y continua compasión de la pasión de Jesús y de vuestros dolores. Y si Jesús y Vos, aunque inocentes, habéis padecido tanto por mí, alcanzadme que yo, reo del infierno, padezca también alguna cosa por vuestro amor. “Oh Señora, os diré con San Buenaventura, si os ofendí, justo es que hiráis mi corazón; si os he servido, os pido en recompensa que le hiráis. Es vergonzoso para mí permanecer ileso viendo a Jesús mi Señor lleno de heridas y a Vos herida también.” Finalmente, oh Madre mía, por la aflicción que tuvisteis al ver delante de vuestros ojos a vuestro Hijo inclinar la cabeza oprimido por tantas penas y expirar sobre la cruz, os suplico me alcancéis una buena muerte. ¡Ah!, no dejéis entonces, abogada de los pecadores, de asistir a

mi afligida y combatida alma en aquel terrible tránsito de la vida a la eternidad. Y como tal vez entonces no podré hablar para invocar vuestro nombre y el de Jesús, en que cifro todas mis esperanzas, desde ahora invoco a vuestro Hijo y a Vos para que me socorráis en aquel último instante, repitiéndoos: Jesús y María, a vosotros encomiendo mi alma. Amén.

REFLEXIONES SOBRE CADA UNO
DE LOS SIETE DOLORES DE MARIA
EN PARTICULAR
SOBRE EL PRIMER DOLOR

De la profecía de Simeón.

En este valle de lágrimas todos nacemos para llorar, y cada uno ha de sufrir los males que le suceden durante la jornada. Pero ¿cuánto más desgraciada sería la vida si cada uno conociese también los males que le afligirán en lo sucesivo? “Muy infeliz —dice Séneca—, sería aquel a quien estuviese reservada una suerte semejante”¹. El Señor se compadece, pues, de nosotros ocultándonos las cruces que nos aguardan, para que, ya que debemos padecerlas, las padezcamos a lo menos una sola vez. Mas no se compadeció así de María, la cual, hallándose destinada a ser Reina de los dolores y toda semejante al Hijo, tuvo continuamente delante de sus ojos, y sufrió sin cesar todas las penas que le esperaban, a saber, las de la pasión y muerte de

¹ Ep. 98.

su amado Jesús. He aquí a San Simeón en el templo que después de haber recibido al divino Niño en sus brazos le profetiza que aquel Hijo suyo había de ser el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres y que por esto la espada del dolor debía atravesarle el alma². La misma Virgen dijo a Santa Matilde que al oír esta profecía de San Simeón toda su alegría se convirtió en tristeza. Porque, como fue revelado a Santa Teresa, aunque la bendita Madre sabía antes el sacrificio que debía hacer su Hijo por la salud del mundo, sin embargo conoció entonces en particular y de un modo diferente los tormentos y la muerte cruel que esperaban a su pobre Hijo. Conoció que había de ser contradecido, y contradecido en todo. Contradecido en la doctrina, pues en vez de ser creído debía ser tenido por blasfemo enseñando que era Hijo de Dios, como lo declaró el impío Caifás diciendo: “Ha blasfemado... es reo de muerte”³. Contradecido en la estimación, pues siendo noble y de estirpe real, fue despreciado como villano: “¿No es el hijo del artesano?”⁴. “¿No es éste aquel artesano hijo de María?”⁵. Era la misma sabiduría, y fue tratado de ignorante: “¿Cómo sabe éste las Sagradas Letras sin haber estudiado?”⁶. De falso profeta: “Y habiéndole tapado los ojos le daban bofetones diciéndole: Adivina quién es el que te ha herido”⁷. Tratado como loco: “Se ha

² Luc. II, 35.

³ Matth. XXVI, 65.

⁴ Matth. XIII, 55.

⁵ Ibid.

⁶ Joan. VII, 15.

⁷ Luc. XXIII, 64.

vuelto loco, ¿por qué le escuchas?”⁸. Como borracho, glotón y amigo de los malos: “He aquí un hombre voraz y bebedor, amigo de los publicanos y de gentes de mala vida-”⁹. Como hechicero: “Por arte del príncipe de los demonios echa a los demonios”¹⁰. Como hereje y endemoniado: “¿No decimos bien que tú eres un samaritano y que estás poseído del demonio?”¹¹. En una palabra, Jesús fue tenido por tan público malhechor, que no se necesitaba proceso para condenarle, como los judíos dijeron a Pilatos: “Si éste no fuese malhechor, no te le hubiéramos entregado”¹². Contradecido en el alma, pues su Padre eterno para satisfacer a la divina justicia le contradijo en no quererle oír cuando le rogaba: “Padre mío, si es posible, no me hagáis beber este cáliz”¹³. Y le abandonó al temor, a la fatiga y a la tristeza, de modo que el afligido Señor dijo: “Mi alma siente las angustias de la muerte”¹⁴. Y era tal la pena interior que experimentaba que llegó a sudar sangre viva. Contradecido y perseguido, en fin, en su cuerpo y en su vida, porque baste decir que fue maltratado en todos sus sagrados miembros, en las manos, en los pies, en el rostro, en la cabeza y en todo el cuerpo, hasta morir de dolor, desangrado y vergonzosamente clavado a un infame madero.

⁸ Joan. X, 20.

⁹ Luc. VII, 34.

¹⁰ Matth. IX, 34.

¹¹ Joan. VIII, 48.

¹² Idem, XVIII, 30.

¹³ Matth. XXVI, 39.

¹⁴ Matth. XXVI, 38.

Cuando David en medio de todas sus delicias y grandezas reales oyó que el profeta Natán le anunciaba la muerte del hijo: “El hijo que te ha nacido morirá irremisiblemente”¹⁵, no sabía consolarse, lloró, ayunó y durmió sobre la tierra. María recibió con suma paz la noticia de la muerte de su Hijo, y continuó sufriendola pacíficamente; mas ¿qué dolor debía padecer de continuo al ver siempre delante de sus ojos aquel Hijo amable, oírle proferir aquellas palabras de vida eterna, y mirar su conducta tan santa? Abraham padeció un gran tormento durante aquellos tres días que había de hablar con su amado hijo Isaac, sabiendo que debía perderle. ¡Dios mío! María no sólo tuvo que sufrir un tormento semejante tres días, sino treinta y tres años. ¿Qué digo semejante? Un tormento tanto más vivo cuanto más amable era el Hijo de María que el hijo de Abraham. La misma bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida¹⁶, que mientras vivió en el mundo no tuvo un instante sin que este dolor le traspasase el alma. “Cuantas veces —prosigue diciendo— miraba a mi Hijo, cuantas veces le envolvía en los pañales, cuantas veces contemplaba sus manos y pies otras tantas mi ánimo quedaba sumido en nuevo dolor considerándole clavado en la cruz”¹⁷. El abad Ruperto contempla que mientras amamantaba a su Hijo le decía: “¡Ah Hijo mío!, yo te estrecho entre mis brazos, porque te amo mucho; pero cuanto más entrañable es mi amor, más pronto eres para mí un

¹⁵ II Reg. XII, 14.

¹⁶ Lib. 6 Rev., c. 9.

¹⁷ Lib. 6, c. 57.

manojito de mirra y de dolor pensando en tus penas”¹⁸. “María consideraba —dice San Bernardino¹⁹— que la fortaleza de los Santos sería reducida a la agonía, la hermosura del cielo afrentada, el Señor del mundo atado como reo, el Criador de todas las cosas maltratado y lleno de heridas, el Juez universal sentenciado, la gloria de los cielos despreciada, el Rey de los reyes coronado de espinas y tratado como rey de farsa.”

Escribe el padre Engelgrave²⁰, que fue revelado a la misma Santa Brígida, que sabiendo ya la afligida Madre cuánto había de padecer el Hijo, al darle el pecho se le representaba la hiel y vinagre, al envolverle en los pañales se le figuraba ver las cuerdas con que había de ser atado; si le llevaba en brazos, le parecía verle clavado en la cruz, y al contemplarle dormido, se le representaba la hora de su muerte. Nunca le ponía su túnica sin pensar que un día le sería arrancada de su cuerpo para crucificarle, y cuando miraba aquellas manos y pies sagrados pensaba en los clavos que habían de traspasarlos. “Mis ojos — dijo Ella misma a Santa Brígida— lloraban amargamente, y un dolor cruel atormentaba mi corazón”²¹.

Se lee en el Evangelio que a medida que Jesús crecía en años, crecía también en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres²². Por lo que debe entenderse que crecía en sabiduría y en gracia para con los hombres en cuanto a la opinión de éstos, y para

¹⁸ Cant. I, 12.

¹⁹ T. 3, serm. 2, c. 1.

²⁰ T. 1, ev. Luc. Dom. infr. Oct. Nat., pár. 1.

²¹ Lib. 6, c. 57, et l. 7, c. 7.

²² Luc. II, 40.

con Dios en cuanto, como explica Santo Tomás, todas sus acciones hubieran podido servir para aumentar su mérito, si ya desde el principio no le hubiese sido conferida la plenitud consumada de la gracia por razón de la unión hipostática; pero si Jesús adelantaba en el concepto y amor de los hombres, ¿cuánto más no debió adelantar en el de María? Pero, ¡oh Dios!, que cuanto más se aumentaba su amor, más grande era el dolor que sentía por tenerle que perder con una muerte tan cruel, y cuanto más se aproximaba el tiempo de la pasión de su Hijo, con tanta mayor fuerza aquella espada de dolor que San Simeón profetizara traspasaba el corazón de aquella Madre, como el Ángel lo reveló a Santa Brígida²³.

Si, pues, Jesús nuestro Rey y su santísima Madre no rehusaron por nuestro amor sufrir durante su vida una pena tan cruel, no es justo que nosotros nos lamentemos si sufrimos un poco. Un día se apareció Jesús crucificado a sor Magdalena Orsini, dominica, la cual mucho tiempo había que padecía una tribulación, y la animó a estar con El en la cruz sufriendo aquel trabajo que la afligía. Lamentándose sor Magdalena, le contestó: “Señor, Vos sólo permanecisteis en la cruz tres horas, pero yo muchos años ha que sufro la mía.” Entonces el Redentor replicó: “¿Qué dice?, ¡ignorante! Yo desde el primer instante en que fui concebido padecí en mi corazón lo que después en la muerte sufrí en la cruz.” De consiguiente, cuando suframos también alguna pena y nos lamentemos, figurémonos que Jesús y su Madre María nos dicen lo mismo.

²³ Fer. 6, lect. 2, c. 16.

EJEMPLO

El padre Roviglione, de la Compañía de Jesús, refiere²⁴ que un joven acostumbraba visitar todos los días a una imagen de la Virgen de los Dolores, que tenía siete espadas en el pecho. Una noche el infeliz tuvo la desgracia de cometer un pecado mortal: habiendo ido por la mañana a visitar la imagen vio en el pecho de la santísima Virgen ocho espadas en vez de siete; y mientras estaba contemplando aquel prodigio oyó una voz que le decía que aquel pecado había añadido la octava espada al corazón de María; por lo que enternecido y arrepentido fue luego a confesarse, y por intercesión de su abogada recobró la divina gracia.

ORACIÓN

¡Ah Madre mía bendita!, no una sola espada, sino tantas espadas como pecados he cometido he añadido a vuestro corazón. ¡Ah Señora!, las penas no deben recaer sobre Vos, que sois la misma inocencia, sino sobre mí, que he cometido tantos crímenes. Mas, ya que Vos habéis querido padecer tanto por mí, alcanzadme por vuestros méritos un grande dolor de mis culpas y paciencia para sufrir los trabajos de esta vida, que siempre serán ligeros comparados con mis deméritos, pues tantas veces por ellos me he hecho acreedor del infierno. Amén.

²⁴ Fasc. di Rose, p. 2, c. 4.

SOBRE EL SEGUNDO DOLOR

De la huida de Jesús a Egipto.

Así como la cierva herida de una saeta lleva a todas partes su dolor, junto con el instrumento que la ha herido, así la divina Madre después de la funesta profecía de San Simeón, como vimos en la consideración del primer dolor, llevó siempre consigo su tormento con la memoria continua de la pasión de su Hijo. Explicando Hailgrino aquel pasaje de los Cantares: "Y los cabellos de tu cabeza como púrpura de rey atada en canales"¹, dice que estos cabellos de color de púrpura de María eran los pensamientos continuos de la pasión de Jesús que sin cesar le representaban la sangre que algún día habían de verter sus llagas².

El mismo Hijo, pues, era la saeta que traspasaba el corazón de María, y cuanto más amable se le mostraba, tanto más le hería con el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel. Examinemos ahora la segunda espada de dolor que hirió a María en la huida a Egipto, que la persecución de Herodes le obligó a emprender con el niño Jesús.

Habiendo sabido Herodes que había nacido el deseado Mesías, temió neciamente que le quitase el trono, temor ridículo, que San Fulgencio le reprende en estos términos: "¿Por qué así te turbas, Herodes? Este Rey que ha nacido no viene a vencer reyes

¹ Cant. VII, 5.

² In Cant., l. c.

combatiendo, sino a subyugar de un modo admirable a las naciones muriendo”³. El impío esperaba saber por los santos Magos el lugar en donde hubiese nacido el Rey para quitarle la vida; mas viéndose burlado de éstos, ordenó la muerte de todos los niños que entonces se hallaban en los alrededores de Belén. Entonces fue cuando el Angel se apareció en sueños a San José y le dijo: “Levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto”⁴. Gerson pretende que luego en aquella misma noche San José lo participó a María, y tomando al niño Jesús se pusieron en camino, como parece que se deduce claramente del mismo Evangelio: “Levantándose tomó al Niño y a su Madre en la noche, y se retiró a Egipto”⁵. ¡Oh Dios!, diría entonces María, según el beato Alberto Magno, ¿el que ha venido a salvar a los hombres ha de huir de ellos? Entonces conoció la afligida Madre que ya empezaba a verificarse en el Hijo la profecía de Simeón: “Está destinado para ser el blanco de la contradicción de los hombres”, viendo que apenas acababa de nacer ya era perseguido de muerte. “¿Qué pena debió experimentar el corazón de María — escribió San Juan Crisóstomo —, cuando se le intimó aquel duro destierro junto con el Hijo?”

Muy fácil será conocer cuánto padecería María durante este viaje. La distancia que les separaba de Egipto era muy larga, pues según dicen los autores con Barrada, era de cuatrocientas millas, de modo que el viaje duró a lo menos treinta jornadas. Por otra parte,

³ Serm. 3 de Epiph.

⁴ Matth. II, 13.

⁵ V. 14.

el camino, tal como lo describe San Buenaventura, era áspero, desconocido, lleno de bosques y poco frecuentado. Era entonces en invierno, por lo que tuvieron que caminar con nieves, lluvias y vientos, por senderos quebrados y llenos de lodo. María tenía a la sazón quince años, doncella delicada y no acostumbrada a semejantes viajes. No tenían quién les sirviese, ni criado ni criada, como dijo San Pedro Crisólogo; ellos mismos son los amos y criados. ¡Oh Dios mío!, ¡qué compasión daría el ver aquella tierna doncellita con aquel Niño recién nacido en sus brazos cómo huía por ese mundo! San Buenaventura pregunta: “¿Cómo hacían para comer? ¿En dónde pasaban las noches? ¿Cómo se hospedaban?”⁶. ¿Y qué podía ser su alimento sino un trozo de pan duro que llevaría San José o que recogerían de limosna? ¿Dónde habían de dormir en aquel camino, especialmente en aquellas doscientas millas de desierto que habían de atravesar, como refieren los autores, en donde no había ni casas, ni posadas, sino sobre la arena, o en el bosque debajo de algún árbol, expuestos a la intemperie, con peligro de los ladrones o de las fieras de que abunda el Egipto? ¡Oh!, cualquiera que hubiese encontrado a estos tres grandes personajes, sin duda les hubiera tenido por tres infelices mendigos y vagamundos.

Según Brocardo y Jansenio habitaron el Egipto en un lugar llamado Maturea; aunque San Anselmo opina que se establecieron en la ciudad de Heliópolis, antes llamada Menfis y ahora Cairo. Y aquí puede considerarse la gran pobreza que sufrirían durante

⁶ De vita Christi.

aquellos siete años que estuvieron allí, como afirma San Antonino con Santo Tomás y otros. Eran extranjeros, desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes; apenas podían sustentarse con el trabajo de sus manos. “Siendo unos necesitados — escribió San Basilio —, es evidente que se proporcionarían el indispensable sustento con su trabajo.” Landolfo de Sajonia dice además, y sirva esto para consuelo de los pobres, que María padecía allí tanta pobreza que algunas veces carecía hasta de un pedazo de pan que su Hijo le pedía acosado por el hambre⁷.

Después de la muerte de Herodes, refiere el mismo San Mateo, que el Angel se apareció otra vez en sueños a San José, y le ordenó que volviese a Judea. Hablando San Buenaventura de este regreso considera la extremada angustia que la bienaventurada Virgen sufriría por la fatiga que en aquel viaje debió padecer Jesús, el cual entonces tenía unos siete años poco más o menos, pues en tal edad, dice el Santo: “Era tan crecido que no podía llevarle en brazos, y tan pequeño que no podía caminar por sus pies.”

El espectáculo, pues, de Jesús y María así fugitivos peregrinando por este mundo, nos enseña a vivir también a nosotros en esta tierra como peregrinos, sin tener apego a los bienes que el mundo nos ofrece, y que deberemos dejar luego para pasar a la eternidad⁸. “A lo que San Agustín añade: Aquí eres huésped, miras y prosigues tu camino.” Además nos enseña a abrazar la cruz, pues no se puede vivir en este mundo

⁷ In vita Christi, c. 13.

⁸ Hebr. XIII, 14.

sin ella. En prueba de esto leemos, que habiendo la beata Verónica de Binasco, religiosa de San Agustín, acompañado en espíritu a María y al Niño Jesús en su huida a Egipto, al fin del viaje la divina Madre le dijo: “Hija mía, has visto con qué pena hemos llegado a este país; has de saber, pues, que sin padecer nadie recibe gracias.” El que quiera sentir menos los trabajos de esta vida debe tomar consigo a Jesús y a María. Al que lleva con amor en su corazón a este Hijo y a esta Madre, todas las penas se le vuelven ligeras y aun dulces y agradables. Amémosles, pues, consolemos a María, acogiendo gustosos en nuestros corazones a su Hijo, que aun actualmente continúa en ser perseguido por los pecados de los hombrès.

EJEMPLO

Aparecióse un día María santísima a la beata Coleta de la Orden de San Francisco, y mostrándole en una fuente al niño Jesús hecho pedazos le dijo: “De este modo tratan continuamente los pecadores a mi Hijo, renovando su muerte y a mí los dolores: hija mía, ruega por ellos a fin de que se conviertan”⁹. A esto se añade aquella otra visión que tuvo la venerable sor Juana de Jesús y María, también de la Orden de San Francisco. Pensando ésta un día en el Niño Jesús perseguido por Herodes, oyó un gran ruido como de gente armada que perseguía a alguna persona, y luego vio delante de sí a un hermosísimo niño que huía

⁹ Ap. P. Genov. Serv. Dol. di Mar.

atigado, y le decía: “Juana mía, ayúdame, escóndeme; yo soy Jesús Nazareno, huyo de los pecadores que me quieren matar, y me persiguen como Herodes. líbrame tú”¹⁰.

ORACIÓN

¡Oh María! Después que vuestro Hijo ha sido inmolado por mano de los hombres que le han perseguido hasta la muerte, prosiguen todavía estos ingratos persiguiéndole con sus pecados, y afligiéndoos a Vos, Madre de dolores. ¡Dios mío! ¿No he sido yo mismo uno de éstos? ¡Ah mi dulcísima Madre!, alcanzadme lágrimas para llorar tanta ingratitud. Y por los trabajos que sufristeis en el viaje de Egipto, asistidme con vuestro auxilio en el viaje que estoy haciendo hacia la eternidad, para que al fin pueda ir con Vos a amar a mi perseguido Salvador en la patria de los bienaventurados. Amén.

SOBRE EL TERCER DOLOR

Del niño Jesús perdido en el templo.

El apóstol San Jaime escribió que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia¹. Habiéndonos dado el Señor a la Virgen María por modelo de perfección, fue preciso que la colmase de penas, para que

¹⁰ Loc. cit.

¹ Jac. I, 4.

así pudiésemos admirar en Ella e imitar su heroica paciencia. El dolor más grande que la divina Madre sufrió en su vida fue el que hoy vamos a considerar, a saber, la pérdida de su Hijo en el templo. El ciego de nacimiento poco siente la pena de estar privado de ver la luz del día; pero al que ha visto algún tiempo y gozó de ella le es muy duro verse después privado de la misma con la ceguera. Así igualmente aquellas almas infelices que ciegas con el lodo de este mundo han conocido poco a Dios, sienten también poco no hallarle; mas al contrario, el que iluminado de la luz celestial se ha hecho digno por su amor de gozar la dulce presencia del sumo Bien, mucho se duele, ¡Dios mío!, cuando se ve privado de ella. Veamos, pues, cuán dolorosa debió ser para María, que estaba acostumbrada a gozar continuamente de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada, cuando habiéndole perdido en Jerusalén se vio separada de El por espacio de tres días.

San Lucas refiere en el capítulo II, que acostumbrando la bienaventurada Virgen con su esposo José y con Jesús ir a visitar cada año el templo en la solemnidad de la Pascua, lo verificó una vez cuando el Hijo tenía doce años; pero habiéndose quedado Jesús en Jerusalén, no lo advirtió, creyendo que había regresado en compañía de los otros. Por esto habiendo llegado a Nazareth preguntó luego por el Hijo, y no hallándole allí volvió al momento a Jerusalén a buscarle, mas no le halló hasta después de tres días. Consideremos ahora la inquietud que experimentaría esta afligida Madre durante aquellos tres días en que por todas partes preguntaba por su Hijo con la Esposa de los

Cantares: “¿Visteis acaso al que ama mi alma?”² y no podía hallar noticias de El. Extenuada de fatiga, y no pudiendo encontrar a su amado, ¿con cuánta mayor ternura debía decir María lo que dijo Rubén de su hermano José? Mi Jesús no parece, yo no sé qué más hacer para hallarle; pero ¿a dónde iré sin mi tesoro? Ella llorando continuamente aquellos tres días repetiría con David: “Mis lágrimas fueron para mí panes de día y noche, mientras que cada día se me pregunta: ¿En dónde está tu Dios?”³. Por lo que con razón escribió Pelbarto que en aquellas tres noches la afligida Madre no concilió el sueño, llorando y rogando a Dios sin cesar que le hiciese hallar a su Hijo, a quien al mismo tiempo con frecuencia repetía las palabras de la Esposa, que San Bernardo le aplica: “Hijo mío, muéstrame en dónde apacientas, dónde pasas la siesta, para que no empiece a vagar”⁴. “Hijo mío, dime en dónde estás a fin de que yo no vaya a buscarte en vano por todas partes.”

Hay quien dice que este dolor no sólo fue de los mayores que tuvo María en su vida, sino que fue más grande y cruel que todos los otros, y no sin motivo. En primer lugar, María en los demás dolores tenía consigo a Jesús, padeció en el vaticinio que le hizo San Simeón en el templo, padeció en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; en este dolor, al contrario, sufrió lejos de Jesús, ignorando dónde estaba. Así es que inundada de lágrimas exclamaba: “¡Ay de mí!, la luz

² Cant. III, 3.

³ Psalm. XLI, 4.

⁴ Cant. I, 6.

de mis ojos, mi amado Jesús, ya no está conmigo, vive lejos de mí, y no sé dónde está.” Orígenes dice que por el amor que esta santa Madre tenía a su Hijo sufrió más perdiendo a Jesús de lo que cualquier Mártir haya podido padecer de dolor en su muerte⁵. ¡Ah!, tan largos fueron para María estos tres días que le parecieron tres siglos; días de amargura, días sin consuelo. “¿Quién podrá consolarme —decía con Jeremías—, si el que puede hacerlo está lejos de mí?”⁶. Por esto mis ojos no cesan de derramar lágrimas; y repetía con Tobías: “¿Qué gozo puedo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo?”⁷.

En segundo lugar: María comprendía la causa y el fin de los otros dolores, esto es, la redención del mundo y la voluntad de Dios; pero en éste ignoraba por qué motivo el Hijo se había alejado. Esta Madre de dolores se dolía de la ausencia del Hijo, “porque su humildad —dice Lanspergio—, le hacía creer que era indigna de estar con El para asistirle acá en la tierra, y de cuidar un tesoro tan grande.” “¿Y quién sabe —escribió Orígenes—, tal vez diría entre sí, si no le he servido como debía? ¿Si habré cometido algún descuido que haya motivado su partida?”⁸. Ahora bien: es cierto que no hay mayor pena para un alma amante de Dios que el temor de haberla disgustado. Por esto María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente de Jesús después de haberle hallado: “Hijo, ¿por qué te has portado así con

⁵ Hom. infr. Oct. Ep.

⁶ Thren. I, 16.

⁷ Tob. V, 12.

⁸ Ap. Corn. a Lap. in Luc. II.

nosotros? Tu padre y yo afligidos te íbamos buscando”⁹; con cuyas palabras no quiso reprender a Jesús, como blasfeman los herejes, sino que solamente quiso manifestarle el dolor que había sufrido separada de El por el amor que le profesaba. “No era reprensión —dice el beato Dionisio Cartujano—, sino una queja amorosa.” En pocas palabras, la espada de este dolor traspasó tan cruelmente el corazón de María que deseando y suplicando un día la beata Bienvenida a la santa Madre el poder acompañarla también en este dolor, se le apareció María con el Niño Jesús en brazos, pero mientras Bienvenida estaba gozando de la vista de aquel hermosísimo Niño, de repente se vio privada de tal dicha; y fue tan grande la pena que experimentó la beata que acudió a María suplicándole por piedad que no la hiciese morir de dolor. Tres días después se le volvió a aparecer la Virgen santísima, y le dijo: “Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido sino una débil sombra del que yo experimenté cuando perdí a mi Hijo”¹⁰.

Este dolor de María ha de servir principalmente de alivio a aquellas almas que se hallan desconsoladas y no gozan de la dulce presencia del Señor, como en otro tiempo. Que lloren, pero que lloren en paz como lloró María la ausencia de su Hijo, y no teman que hayan perdido por esto la divina gracia, porque el mismo Dios dijo a Santa Teresa: “Nadie se pierde sin conocerlo, ni es engañado sin querer serlo.” Si el Señor se aparta de los ojos de un alma que le ama, no por eso se

⁹ Luc. II, 48.

¹⁰ March. Diar. 32, Ort.

aparta del corazón. Con frecuencia se esconde para que ella le busque con mayor deseo y amor. Mas el que quiera hallar a Jesús debe buscarle no en medio de los placeres y las delicias del mundo, sino entre las cruces y mortificaciones, a ejemplo de María: "Afligidos te íbamos buscando", como dijo Ella al Hijo. "Aprende de María a buscar a Jesús", escribió Orígenes.

Por otra parte, en este mundo no debemos buscar otro bien que Jesús. No fue Job desgraciado cuando perdió todo lo que poseía en la tierra: bienes, hijos, salud, honores, hasta bajar del trono a un muladar, sino antes al contrario, porque tenía a Dios consigo aun entonces era feliz. Hablando de El San Agustín, dijo: "Había perdido todo lo que Dios le había dado, pero conservaba consigo al mismo Dios." Sólo son verdaderamente miserables e infelices aquellas almas que han perdido a Dios. Si María lloró la ausencia de su Hijo por espacio de tres días, cuánto deberían llorar los pecadores que han perdido la divina gracia, a quienes Dios dice: "Vosotros ya no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro Dios"¹¹. Porque esto tiene de peculiar el pecado que separa el alma de Dios. "Vuestras iniquidades os separaron de vuestro Dios"¹². Y de aquí proviene que si se poseen todos los bienes de la tierra, habiendo perdido a Dios éstos se convierten en humo y causan pena, aun acá en el mundo, como confesó Salomón: "Todo es vanidad y aflicción de espíritu"¹³.

¹¹ Os. I, 9.

¹² Isai. LIX, 2.

¹³ Eccles. I, 14.

...mas la mayor desgracia para estas pobres almas ciegas —dice San Agustín— es ver que si pierden un buey van luego en su busca; si pierden una oveja, no omiten diligencia para encontrarla; si pierden un jumento, no tienen un instante de reposo; y cuando pierden al sumo bien que es Dios, comen, beben y descansan.”

EJEMPLO

En las cartas anuales de la Compañía de Jesús se halla que al querer en las Indias salir de su habitación un joven para cometer un pecado, oyó que le dirigían estas palabras: “Detente, ¿dónde vas?” Volvióse y vio una imagen de relieve de la Virgen de los Dolores, que estaba allí colocada, la cual arrancándose la espada que tenía clavada en el pecho se la presentó diciendo: “Ea, toma esta espada, y hiéreme antes a mí que a mi Hijo con este pecado.” Al oír esto el joven se postró en tierra, y contrito y llorando amargamente pidió a Dios y a la Virgen el perdón de su falta, y le alcanzó.

ORACIÓN

¡Oh Virgen bendita! ¿Por qué os afligís buscando a vuestro Hijo? ¿Es acaso porque ignoráis en dónde se halla? Mas ¿no veis que está en vuestro corazón? ¿No sabéis que se apacienta entre las azucenas? Vos misma lo dijisteis¹⁴. Vuestros pensamientos, vuestros afectos enteramente humildes, puros y santos, son las azucenas que convidan a que habite en Vos el divino Es-

¹⁴ Cant. II, 16.

poso. ¡Ah María! Vos suspiráis por Jesús, Vos que sólo amáis a Jesús. Dejadme suspirar por El a mí y a tantos pecadores que no le aman y con sus ofensas le han perdido. ¡Oh mi amabilísima Madre!, si por falta mía vuestro Hijo no ha vuelto todavía a mi alma, haced Vos que yo le halle. Yo bien sé que se deja hallar de quien le busca¹⁵; mas haced que yo le busque como debo buscarle. Vos sois la puerta por la cual todos hallan a Jesús, por Vos espero hallarle yo también. Amén.

SOBRE EL CUARTO DOLOR

Del encuentro con Jesús que iba a morir.

Dice San Bernardino que para comprender el grande dolor de María, a quien la muerte iba a arrebatarse a su Hijo, es preciso considerar el amor que esta Madre tenía al mismo. Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos. Por eso cuando la Cananea suplicó al Salvador que librase a su hija del demonio que la poseía, le dijo que más se compadeciese de ella que era su madre, que no de su hija¹. Pero ¿qué madre amó jamás tanto a su hijo como María a Jesús? El era su Hijo único criado con tantas penas; Hijo amabilísimo y amantísimo de la Madre; Hijo que era suyo y al mismo tiempo Dios, el cual vino a la tierra, como El mismo lo aseguró, “para encender en

¹⁵ Thren. III, 25.

¹ Matth. XV, 22.

todos los corazones el sagrado fuego del divino amor”². Consideremos, pues, qué llama debió encender en el corazón de su santa Madre tan puro y libre de todo afecto mundano. En suma, la bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida que por el amor una misma cosa era su corazón y el de su Hijo. Esta mezcla de esclava y Madre, de Hijo y Dios, formó en el corazón de María un incendio compuesto de mil incendios. Pero después todo este volcán de amor en el tiempo de la pasión se convirtió en un mar de dolor; por lo que dijo San Bernardino: “Aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, nunca llegarían al de la bienaventurada Virgen María”³. “Sí, porque esta Madre —como escribió San Lorenzo Justiniano—, con cuánta mayor ternura amó a su Hijo, con tanto mayor dolor tuvo que verle padecer, especialmente cuando le encontró, que condenado ya a muerte caminaba con la cruz a cuestas al lugar del suplicio.” Y ésta es la cuarta espada de dolor que hoy hemos de considerar.

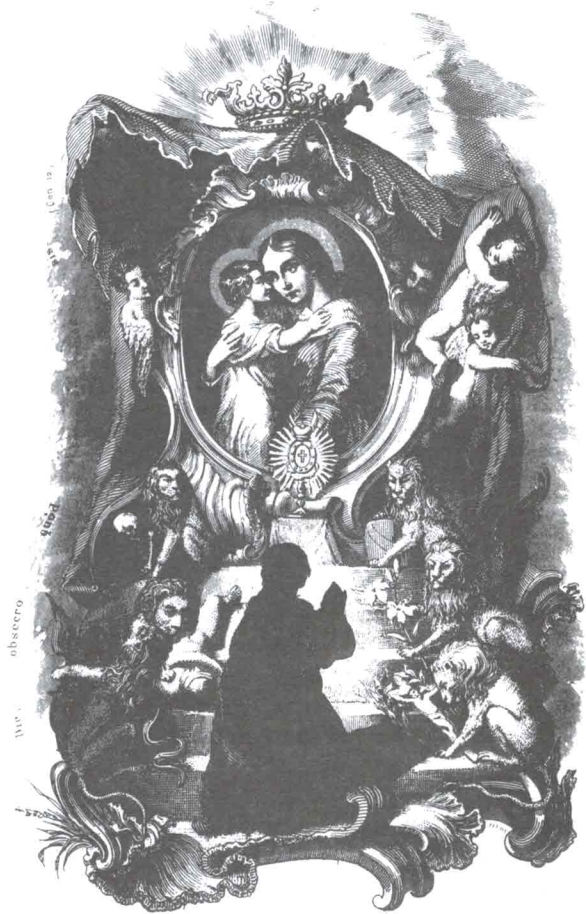
La bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida que cuando se aproximaba la pasión del Señor sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas pensando en el Hijo amado que iba a perder acá en el mundo, y por eso dijo también que un sudor frío corría por sus miembros, a causa del dolor que experimentaba al representársele aquel próximo espectáculo de dolor⁴. Finalmente, amaneció el día destinado; vino Jesús y se despidió llorando de su Madre para ir a morir. Medi-

² Luc. XII, 49.

³ Tom. 3, pár. 45.

⁴ Lib. 1, Rev., c. 10.





Adæmus cum fiducia ad thronum gratiæ ut misericordiam
consequamur